

muchas deliberaciones entre los Cardenales, el Camarlengo se apresuró á disponer lo necesario para la reunion del Conclave en el interior del Vaticano. Como en el año de 1848 fueron destruidos los materiales que servian en estas ocasiones no se pudieron utilizar ni los menores vestigios de aquellos, pero merced á la infatigable actividad del Camarlengo, los trabajos quedaron concluidos para el 18 de Febrero.

Así procuraba el Camarlengo abreviar los dias de su gobierno, llenando su poder cumplidamente, sin más ambicion que la de mantener en todo su vigor las Constituciones pontificales y consolar la viudez de la Iglesia dándola nuevo Jefe.

Teniendo plena conciencia de su autoridad, suprimió ciertas larguezas usadas en la Curia romana á la muerte de un Pontífice, y que no se hallaban ya en relacion con los recursos de la Iglesia; y se mantuvo firme contra la introduccion de abusos, para lo cual usó de esa energía que siempre habia normado su conducta. Buena prueba tuvo de ella el rey Humberto cuando solicitó del Camarlengo un lugar de honor en los funerales de Pio IX.

—Muy bien, señor, contestó Mons. Pecci al enviado del rey; dignaos decir á S. M. que conforme al ceremonial, que todo lo regula en estas circunstancias, el primer lugar está reservado al embajador de Austria; el segundo al de Francia, etc.; vienen en seguida los Príncipes extranjeros que actualmente se hallen en Roma; entre ellos puede tener su puesto el rey de Italia.

VI.

ANTES DE LA ELECCION.—EL CONCLAVE.
SU LIBERTAD DE ACCION.

Antes de constituir el Conclave, los Cardenales quisieron explicar á los Estados europeos por qué se hacia la eleccion en Roma, no fuese á interpretarse su conducta

en el sentido de un reconocimiento de los hechos consumados. En la redaccion del documento circulado al efecto, tomó gran participio el Cardenal Camarlengo, y es como sigue:

“Circular del Sacro Colegio al Eminentísimo Cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

“El acontecimiento inopinado de la muerte del Soberano Pontífice Pio IX, de gloriosa memoria, ha contristado profundamente los corazones de todos los fieles dispersos en el mundo católico; pero más especialmente ha sumergido en la tristeza al Sacro Colegio que, acostumbrado á mirar más de cerca las costumbres sublimes y los actos gloriosos del Pontífice difunto, puede más que otros apreciar la pérdida irreparable que ha tenido la Iglesia Católica en los últimos dias.

“La gravedad de esta desgracia pública es para el Sacro Colegio tanto más sensible, cuanto que, llamado por las disposiciones de los Santos Cánones y por las Constituciones Pontificias á proveer á las necesidades urgentes de la Iglesia y de la Sede Apostólica vacante, se ve obligado á atravesar, sin estar guiado por su Jefe, los momentos más graves y las dificultades más serias.

“Pero, confiado en la palabra de Aquél que ha prometido su divina asistencia á la Iglesia, el Sacro Colegio está firmemente decidido á llenar los deberes sagrados que le imponen las dignidades eminentes de que está revestido y la importante mision que le ha sido confiada.

“Nadie ignora que los juramentos prestados por todos los que componen el Sacro Colegio al ser promovidos á la dignidad Cardenalicia, les prescriben, como extrictos deberes, defender y proteger las leyes, las prerogativas, así como los deberes temporales de la Iglesia, á costa de to-

dos los sacrificios, incluso el de la vida. Ahora bien; estos juramentos han recibido hoy una solemne confirmacion, cuando los Cardenales, reunidos en una Congregacion general, despues de la muerte del inolvidable Pontífice, han renovado unánimemente delante de Dios los precedentes. Han querido adherirse de nuevo por un acto formal, y renovar todas las reservas y protestas emitidas por el difunto Soberano Pontífice, ya sea contra la ocupacion de los Estados Romanos, ya contra las leyes y decretos promulgados en detrimento de la Iglesia y de la Santa Sede Apostólica.

“Por esto, y en nombre y con encargo de sus respetables colegas, los Cardenales que suscriben, se dirigen á Vuestra Excelencia para darle comunicacion de este acto importante, suplicándole dé conocimiento de él á su Soberano, persuadidos de que verá con gusto la defensa de los derechos mencionados arriba, así como la manifestacion del sentimiento de los Cardenales, que están decididos á seguir la senda trazada por el Pontífice difunto, cualquiera que sean las pruebas á las cuales tengan que atenerse en el curso de los acontecimientos.

“Y como conviene que el ejercicio del poder eclesiástico supremo, y especialmente el acto importante de la eleccion del sucesor de San Pedro, descanse sobre bases sólidas y seguras, y no se vea, por el contrario, expuesto á las agitaciones políticas ni sometido al interés ó arbitraje de otros poderes, el Sacro Colegio, desde el instante de la muerte del Supremo Gerarca, se ha visto obligado, no sin temores y ansiedad, á fijarse en la cuestion espinosa y árdua del lugar donde el Conclave se reuniera.

“Si, por una parte la necesidad de tomar una resolucion enfrente de las conciencias ansiosas de los fieles y la de asegurar en pleno la absoluta independencia y libertad del Sacro Colegio en momentos tan graves y decisivos para la Iglesia, suscitaba el pensamiento de buscar desde luego un asilo seguro y tranquilo; por otra, los retrasos á

que necesariamente tendria que exponerse la eleccion del Pontífice Romano, aconsejaban obrar de otra manera, y el primero de los deberes del Sacro Colegio es hoy ocuparse sin tardanza en dar un Jefe á la Iglesia viuda, y un nuevo Pastor al rebaño de Jesucristo.

“Este sentimiento ha prevalecido sobre todas las dificultades, moviendo al Sacro Colegio á decidir que el Conclave se constituya en esta ciudad, en tanto que su libertad no sea turbada por nadie. Esta resolucion ha sido tomada con tranquilidad tanto más grande, cuanto que, no relacionándose con el porvenir, deja al futuro Pontífice completamente libre de escoger los medios que el bien de las almas y el interés general de la Iglesia le aconsejen en las condiciones penosas y difíciles en que se encuentra la Sede Apostólica.”

x

Habian trascurrido 10 dias desde la muerte de Pio IX el Grande; y el 18 de Febrero por la mañana se reunieron los Cardenales en la Capilla Sixtina para oír la Misa del Espíritu Santo; el Cardenal Billio ofició de pontifical, y los cantores de la capilla del Papa cantaron la Misa de Palestrina. Mons. Mercurelli pronunció un magnífico discurso *pro eligendo Pontífice*.

Terminada la Misa, recibió Mons. Pecci, Camarlengo, el juramento de los empleados que por su oficio debian permanecer fuera del Conclave: eran éstos el Comendador Sturbine, proveedor del Conclave, el Sr. Scifoni, sustituto del anterior, el conde Vespigniani, arquitecto, y el caballero Martinucci, arquitecto de los palacios apostólicos, adjunto al anterior.

A las 4 de ese mismo dia se verificó la entrada en el Conclave: los Cardenales cada uno acompañado de su conclave ó familiar, se reunieron en la Capilla Paulina, recitaron allí las oraciones preparatorias, y despues, escoltados por la guardia noble y la suiza, atravesaron la gran

sala Real, para dirigirse procesionalmente á la Capilla Sixtina, cantando el sagrado himno *Veni Creator*.

Esta procesion, de la Capilla Paulina á la Sixtina, fué, segun testigos oculares, solemne y magestuosa en extremo: marchaban los augustos y ancianos Cardenales lenta y pausadamente; sus voces resonaban graves y melancólicas al entonar el sagrado himno; sus rostros resplandecian con dulzura y piedad celestiales; los severos trajes cardenales y los uniformes de los guardias, tomaban un aspecto deslumbrador y fantástico á la rojiza luz de las antorchas que se reflejaba en las severas galerías del Palacio apostólico.

El eminentísimo Marchini, caminaba penosamente, sostenido por dos sacerdotes, y el Cardenal decano Amat, impedido, era llevado en un sillón; sus largos cabellos blancos casi cubrian su rostro, pálido como el de un muerto; pero en su mirada serena y profunda parecia reconcentrarse toda su vida. El Cardenal Carafa apenas podia andar con el peso de los años.

Tierno y conmovedor ha de haber sido ver á aquellos ancianos abandonados de los poderes de la tierra, aborrecidos de los próceres y magnates impíos, caminando tranquilos y confiados á elegir el Vicario de Jesucristo, descansando en sus promesas inmortales.

Terminado el *Veni Creator*, los cantores de la Capilla Sixtina y los conclavistas salieron de ésta última, cuyas puertas fueron inmediatamente cerradas. Solos ya los Cardenales, escucharon una breve exhortacion del Cardenal Di Pietro, subdecano; leyéronse en voz alta las Constituciones pontificias relativas al Conclave y la eleccion, y todos los miembros del Sacro Colegio prestaron el juramento de rigor. Un maestro de ceremonias fué en busca del príncipe Chigi, mariscal del Conclave, que llegó precedido de 8 suizos, 6 criados con librea y los 4 Capitanes del Conclave, que componian su estado mayor, y seguido de su gentil hombre de espada, de un Capellan, de los oficiales

de la guardia suiza y del teniente coronel de la palatina. Este séquito quedó á la puerta de la Capilla Sixtina, y el príncipe penetró solo á ella.

Allí prestó juramento en manos del Cardenal subdecano, ante el Sacro Colegio, y se volvió á sus habitaciones con el mismo aparato. El maestro de ceremonias llamó despues al mayordomo, á los Obispos, á los Oidores de la Rota, á los sacerdotes de Cámara y á todos los demás Prelados á quienes de algun modo está confiada la custodia del Conclave. Todos penetraron en la Capilla y prestaron el acostumbrado juramento, salieron en seguida y las puertas de la Capilla fueron abiertas de par en par para dar paso á los miembros del Sacro Colegio, quienes despues de pasar por la sala Real, llegaron á la Ducal, donde estaban las primeras celdas. Cada Cardenal fué acompañado por un guardia noble.

61 fueron los Cardenales que entraron al Conclave en ese dia, y solo faltaron tres para que estuviese completo el Sacro Colegio: el Patriarca de Lisboa, Cardenal Moraes, que llegó á Roma el martes 19 y por la tarde fué admitido al Conclave; el Arzobispo de Nueva York, Cardenal Mackoskley, que habiendo salido de aquella capital el dia 9, llegó á Roma el 20, cuando la eleccion estaba terminada; y el Cardenal Arzobispo de Rennes (Francia), que no pudo asistir por hallarse moribundo.

Habia en aquella Asamblea hombres eminentísimos por su ciencia tanto como por sus virtudes, los cuales despues de haber sido lumbreras de los centros de enseñanza y de las Academias habian llegado á convertirse como en oráculos de las congregaciones que presidian: tales eran los Cardenales Franzelin, Billio, Pitra, Guidi, García Gil, etc.; habia jurisconsultos célebres como el abogado Mertel, Obispos llenos de sabiduría en el gobierno de la Iglesia, como los Cardenales Guibert Dechamps, Donnet; habia Cardenales del más ilustre abolengo, como las Eminencias Bonaparte, Schwarsemberg, Hohenloe, Chigi, Anti-

ci Mattei, Falloux, De Luca, Borromeo y Canossa, que han dotado con sus bienes á los enfermos y á los pobres.

Después de haber tomado cada Cardenal posesion de su celda, los tres jefes de las respectivas Ordenes visitaron interiormente el Conclave, para cerciorarse de que todas las salidas estaban bien cerradas y de que no habia comunicacion con el exterior, en tanto que el Mayordomo, gobernador del Conclave, hacia la visita exterior. Habiéndose encontrado todo en regla, procedió el Mariscal á cerrar la puerta con las ceremonias de costumbre. Luego, se redactaron y firmaron las actas prescritas por las Constituciones pontificias.

Eran cerca de las 6 de la tarde del lúnes 18 de Febrero, y el Conclave quedó constituido.

x

Y bien, ¿qué fué de las combinaciones diplomáticas más ó ménos tenebrosas tramadas con el objeto de estorbar ó de influir en la eleccion del nuevo Papa? ¿qué de la intervencion que se proponia ejercer Alemania?

Dejemos la palabra al Dr. Ferreiroa para que nos explique en su lenguaje lleno de brío y elocuencia el curioso fenómeno:

En vano se conjuran los príncipes y los pueblos contra la obra de Dios; los príncipes y los pueblos perecen, la obra de Dios durará eternamente.

La humana sabiduría y la grandeza terrena, ¿qué son comparadas con la sabiduría y grandeza divinas?

Con un soplo de su aliento disipa el Señor las más fieras tormentas, pone límite á los mares embravecidos, convierte la oscura noche en dia espléndido y sereno. *Pasa y ya no existe el impio*; deja, es cierto, que los príncipes y los pueblos se congreguen contra la Iglesia; más cuando crean más próximo el triunfo, *irredebit eos*; vendrá el soplo de las *tempestades* (1), de que habla el Espíritu de

(1) Salm. 32, 10.

Dios, y serán arrebatados como la *paja seca y como el polvo*.

Así, después de tan grandes temores é inquietudes, y de tan pavorosos obstáculos, celebróse el Conclave con toda la libertad apetecible; Bismarck nada hizo para oprimirle; el *veto*, el absurdo *veto*, no fué exigido por nacion alguna, y hasta Italia no solo dejó á los Cardenales en completa libertad, sino que evitando las apariencias de presion, impidió las demostraciones que se intentaban contra la llamada ley de garantías; prorogó la reunion del Parlamento, fué celosísima en mantener el orden público contra los perturbadores, y empleó su propio ejército en asegurar contra toda tentativa de violencias el lugar donde se había reunido la Sagrada Asamblea. Asemajáronse las tropas italianas á los soldados del Pretorio en el sepulcro de Cristo, los cuales, con su vigilancia, lograron hacer más palpable la verdad de la Resurreccion del Divino Redentor (1).

¿No es brillante el prodigio, completa la victoria?

Habia llegado para los enemigos de la Iglesia la ocasion deseada; podian llevar á cabo sus planes inícuos, coartar la libertad de los Cardenales, oponerse á la eleccion de Vicario de Jesucristo, suscitar un cisma, y ¡oh maravilla de la Providencia! nada hicieron, ni aún pretendieron hacer.

Bismarck, Depretis, Gambetta, Gorstchakoff enmudecieron ante la tumba de Pio IX, como si Dios hubiera sellado sus lábios, y permitieron á la Iglesia cambiara tranquila sus vestiduras de luto por su traje de gala. (2)

Ahora bien, ¿cómo se explica que hayan enmudecido

[1] *La Civiltà Cattolica*, série X, volúm. V, cuaderno 666.

[2] *L'Unità Cattolica* del 7 de Abril, decia lo que sigue:

"Pio IX preveía su muerte. Empezada la guerra de Oriente entre Rusia y Turquía, vaticinó que produciria grandes complicaciones en Europa, y que obligando á las potencias á serias meditaciones, impediria que atribulasen á la Iglesia, cuando ésta se hallase privada de su Pontífice. Y así sucedió, pues muerto Pio IX, fueron las mismas potencias las que vivamen-

los que tanto habian prometido hablar, que hayan desaprovechado ocasion tan favorable los enemigos de la Iglesia? No ciertamente porque la eleccion de nuevo Papa les pareciera cosa baladí, pues hartó interés habian ya demostrado en esta cuestion; tampoco por amor á la Iglesia, pues nadie ignora el ódio satánico que la profesan. Ni asimismo creemos que pueda explicarse su conducta por la esperanza de que el Conclave habia de elegir un Papa á su gusto. ¿Cómo llevar la necedad hasta el punto de pretender que los discípulos de Pio IX habian de olvidar tan pronto sus enseñanzas?

Pero, ¿habrán contribuido quizás á la inaccion de los gobiernos los hechos extraordinarios que coincidieron con la muerte del Papa?

Nos referimos á la llegada de los rusos á 30 millas de Constantinopla, á la desaparicion de un imperio del mapa europeo, á la entrada de la escuadra inglesa en los Dardanelos, á la perspectiva, en fin, de guerra universal que por entónces agitaba todos los ánimos.

Tenemos por cierto que, en efecto, estos hechos gravísimos coincidieron con la muerte de Pio IX por especial disposicion de la Providencia, y contribuyeron sin duda á paralizar la accion de los gobiernos. No creemos, sin embargo, que basten á explicar completamente la actitud de estos.

Sin disminuir la impresion causada por sucesos tan deseados con la mayor solicitud que fuese pronto elegido su sucesor. Por esto no hubo exclusiva alguna respecto á la persona de los Cardenales, y solo los gobiernos que ántes usaban de la prerogativa del veto manifestaron deseos de la pronta eleccion del Papa, de que ésta se verificase en Italia y de que el Pontífice fuese italiano. Por lo cual todos los que hoy mandan en Roma trabajaron con todas sus fuerzas en procurar la libertad del Conclave. Cuya libertad es por otra parte un caso particular, y no prueba nada en favor del nuevo orden de cosas. Un Cardenal, al que se le mostraban todos los soldados que en los dias de viudez de la Santa Sede custodiaban el Vaticano, se contentó con preguntar: "¿Quién los manda? Y si hoy se le antoja mandarlos en nuestro favor, ¿no podrá mañana mandarlos contra nosotros?"

jigantescos, puede asegurarse haber sido mayor la producida por la muerte del Papa, ora porque las cuestiones religiosas tengan siempre el privilegio de interesar al hombre más que las otras, ora tambien porque la noticia de la muerte de Pio IX se recibió de improviso, cuando ménos se esperaba, en tanto que la aproximacion de los rusos á Constantinopla era un hecho generalmente previsto.

Ello es que la cuestion de Oriente no relegó al olvido la cuestion del Papa, y acaso por algunos momentos haya sucedido lo contrario. Cuando en medio de la agitacion producida en Europa por los triunfos de los rusos, el abatimiento de Turquía y las probabilidades de guerra universal, estalló como repentino y formidable trueno la noticia de la muerte de Pio IX, todas las cuestiones se empuñecieron, y por algunos momentos nadie se ocupó más que en el Papa.

No obstante, las potencias no aprovecharon esta especie de tregua de la política oriental para entrometerse en la eleccion de nuevo Pontífice; siendo de advertir, que los triunfos de Rusia podían servir de aliciente á Prusia é Italia á llevar á cabo los planes por largo tiempo dispuestos y madurados; pues el czar seguramente no habia de oponerse á ellos, antes les prestaría apoyo de buen grado con todo su poder y toda su fuerza.

En fin, sea cualquiera el aspecto bajo el que se mire la cuestion, es fuerza reconocer en la conducta de los gobiernos la intervencion de la Divina Providencia.

¡Cuán cierto es que Dios saca el bien de las entrañas mismas del mal, como se vé singularmente en la conducta de Italia!

Esta potencia revolucionaria, desprovista de todo sentido moral, opresora y verdugo de la Santa Sede, fué la que protegió directamente al Conclave; la que con sus mismas tropas veló por la seguridad de los Cardenales. Del mal sacó Dios el bien, y lo sacó tanto más cuanto esa potencia no hizo el bien sino con un fin malo, con el de

probar que el carcelero y el preso disfrutaban de igual libertad. Como si el preso que por benevolencia del carcelero goza de cierta libertad por un momento, dejara de estar preso, como si el verdugo que juega con su víctima no fuera más cruel que el que solamente se ensaña con ella.

Los ministros italianos no se opusieron á sus principios, representando una farsa hipócrita y cobarde; los católicos contradirían á los suyos dejándose engañar, no viendo en los ministros italianos á dóciles instrumentos que manejó á su gusto la Providencia.

El hombre se agita pero Dios le conduce; y los ministros italianos fueron reducidos á defender la libertad del Conclave, como Balaam cantó á pesar suyo las glorias del Señor, como los grandes perseguidores sirven las más de las veces, sin saberlo, los intereses de la Iglesia.

Salutem ex inimicis nostris.

VII.

LOS ESCRUTINIOS.—ELECCION Y ADORACION.
LEON XIII.—SU HUMILDAD.

Este Conclave en que reinó tanto orden, en que se vió tan claramente la unidad de la Iglesia y el concierto cardenalicio, solo contaba en su seno cuatro Cardenales nombrados por Gregorio XVI, que pudieran recordar lo acaecido en el Conclave de 1846: y de estos, el Cardenal Amat habia estado enfermo en aquel tiempo, el Cardenal Schwarzenberg no habia asistido á él por haber llegado tarde; el Cardenal Asquini declaró que sus recuerdos eran muy confusos, y el Cardenal Caraffa, muy anciano, dijo al ser interrogado, que de nada se acordaba.

El primer escrutinio tuvo lugar á las 9 de la mañana del día 19. Despues de implorar rendidamente la asistencia del Espiritu Santo, acercábase cada Cardenal á depositar su sufragio en el sagrado Cáliz, ante el altar del Dios vivo, con esta solemne protesta:

Testor Christum Dominum, qui me iudicaturus est, me eligere quem secundum Deum iudico eligi debere.

“Pongo por testigo á Cristo Señor que me ha de juzgar, que elijo á aquel que segun Dios debe ser elegido.”

En este primer escrutinio, el Cardenal Pecci obtuvo 19 votos (1), con lo cual el Camarlengo empezó á llamar la atencion. Mas éste escrutinio fué nulificado á consecuencia de algunas irregularidades de forma: una de las papeletas llevaba marcados en el sello el Capelo y los picchi cardenalicios, y está ordenado por las Constituciones que el sello no contenga nada que pueda indicar al que vota.

Procedióse, por tanto, á otro escrutinio, el primero en realidad, y éste fué su resultado.

Cardenal Pecci	17 votos (por escrutinio).
” ”	9 ” (por accesion).
Cardenal Billio	17 ”
” De Luca	6 ”
” Ferrieri	4 ”
” Franchi	4 ”
” Monaco de la	
” Valeta	4 ”
” Guidi	1 ”
” Martinelli	1 ”
” Caterini	1 ”
” Ledochowski	1 ”

×

En la tarde del mismo 16 se verificó el segundo escrutinio, y los electores que habian dado ya su voto al Cardenal Pecci lo confirmaron, y se les juntaron algunos más de manera que el Camarlengo obtuvo 34 votos, 25 por escrutinio y 9 por *accesion*. Esta es una segunda votacion, en la cual los Cardenales que votaron á uno de sus colegas que obtuvo pocos votos, votan al que obtuvo más.

Ninguno de los otros Cardenales alcanzó más de 6

(1) Margotti *L' Unità Cattolica* de 19 de Marzo de 1878.

votos; solo S. Emma Martinelli obtuvo 3 en vez de uno del primer escrutinio.

Más habiendo escrito un Cardenal español en su papeleta *Johanne Pecci*, fué anulado su voto á petición del mismo Camarlengo, quien reclamó, diciendo:

—*Non valet quia quisque eminentissimorum habet tabellam typis impresam cum nominibus dominorum Cardinalium.*

Los felices resultados obtenidos presagiaban que la elección no se haría esperar por largo tiempo; y para llegar más pronto á una solución, los Cardenales De Lucca, Franchi y Billio, suplicaron á sus venerables colegas prestaran sus votos al que desde el primer día reunía con justo título una mayoría considerable.

×

Al día siguiente, miércoles 20, verificóse el escrutinio por la mañana con la acostumbrada solemnidad, en esa maravillosa Capilla Sixtina que el génio del hombre iluminado con los más espléndidos resplandores del arte, adornó con tantas obras maestras; allí 62 Cardenales (queda dicho que el Patriarca de Lisboa, llegado la víspera, fué admitido al Conclave), vestidos de roquete y muceta, y con la birreta cardenalicia en la cabeza, sentáronse en sus tronos, y escribió cada cual su papeleta en medio del más profundo silencio. Cuando estuvieron escritas y selladas, se eligieron por suerte tres escrutadores, que fueron á colocarse al pié del altar, dos á la derecha y uno á la izquierda. Nombráronse tres enfermeros, encargados de ir á recoger el voto del Cardenal Amat, quien por su enfermedad no había entrado á la Capilla.

Dejaron despues los Cardenales su trono, y se encaminaron al medio de la nave, yendo procesionalmente, uno por uno, hasta el altar, en el cual estaba puesta al lado de un gran Cáliz de oro la fórmula del juramento, escrita con grandes caracteres. Al llegar cada Cardenal al pié del altar, se colocaba frente al Cáliz, pronunciaba el juramento

en alta voz, depositaba su voto en la patena, lo introducía en el Cáliz y se volvía á su sitio.

Terminada la ceremonia, los tres escrutadores, que lo eran el Card. Regnier, francés, el Card. Mikelowski, polaco, y el Card. Frauzlin, alemán, contaron 44 VOTOS en favor del Card. Pecci, que quedó electo Pontífice, pues la mayoría de las dos terceras partes estaba fijada en 42 votos. Los 18 restantes se repartieron así:

Card. Franchi	11	votos.
„ Mertel	3	„
„ Simeoni	2	„
„ Bonaparte	1	„
„ Ledochowski	1	„

×

A consecuencia de esta votación, los Cardenales Franchi y Billio, que eran despues del Card. Pecci, los que habían reunido más votos en los primeros escrutinios, se levantaron, y acompañados de algunos otros, fueron á posternarse ante el Camarlengo. Todos siguieron este ejemplo: el voto le había dado la mayoría y la ADORACION añadió la unanimidad de los sufragios.

Terminada la votación, el Cardenal Di Pietro, en su calidad de subdecano del Sacro Colegio, llamó á monseñor Martinucci y le comunicó las órdenes oportunas para las ceremonias que debían verificarse. Lamó éste á su vez á los maestros de ceremonias, é inmediatamente fueron bajados todos los doceles que cubrían los troncos de los Cardenales, excepto el del número 9, colocado del lado del Evangelio y ocupado por el Card. Pecci, que todavía no era Papa, porque no había expresado aún su voluntad y podía rehusar.

Los tres Jefes de las respectivas Ordenes presentáronse entónces ante el trono del elegido del Señor, al cual el Cardenal subdecano Di Pietro hizo la siguiente pregunta:

—*¿Acceptas ne electionem in Summum Pontificem?*

El Cardenal Pecci oraba!.....

¿Por qué oraba el Sacerdote eminente—exclama Paul Feval—(1) el hombre de Estado que conocía á fondo la historia lastimosa de nuestro siglo escrita dia por dia? El que Jesus, esposo de la Iglesia, acababa de elegir entre los hombres, por ser el más fuerte, miraba sin duda dentro de su alma, donde penetraba el primer rayo del espíritu infalible, la imagen distinta del mundo, el reino Espiritual. Pensaba tal vez en las debilidades que era preciso fortalecer, en los dolores que necesitan consuelo, porque tal es la sublime mision del Pontífice Romano; llevar, como Jesus, en su pensamiento todas las angustias de la Iglesia Católica, todos los suplicios del mundo cristiano.”

x

El elegido contestó á la pregunta de estilo del subdecano, “que no se creia digno de ocupar puesto tan encumbrado; pero que viendo la conformidad de pareceres se podia en manos de Dios.”

—*Fiat voluntas tua*, añadió.

Entónces el mismo Cardenal le dirigió esta otra pregunta:

—*¿Quomodo vis vocari?*

A lo que el Padre Santo respondió:

—LEON XIII, en recuerdo de Leon XII, á quien siempre he tenido en gran veneracion.

Despues monseñor Martinucci, Proto-notario apostólico, redactó el acta de aceptacion del Sumo Pontífice, siendo testigos mons. Lasagni, secretario del Sacro Colegio, y mons. Marinelli, Obispo de Porfiro. Habiéndose retirado los tres Jefes de las Ordenes, se llamó á los Cardenales Diáconos Mertel y Consolini, para que condujesen al elegido á la sacristía, en donde se le revistió con los ornamentos pontificales, es decir, con la sotana y medias blancas, chinelas rojas con la cruz, roquete, muceta, estola y solideo blancos.

que.

Al volver á entrar en la Capilla, el Sumo Pontífice dió de paso la bendicion papal á todos los Cardenales, y sentado en la *Sede gestatoria*, colocada cerca del altar, recibió de aquellos las primeras adoraciones.

Segun las Constituciones, el Camarlengo es quien debe poner el anillo del Pescador en el dedo al nuevo Papa, más resultando electo en esta vez el mismo Camarlengo, Leon XIII nombró Proto-camarlengo al cardenal Schwarzenberg, para que efectnase la ceremonia.

Su Santidad dió de nuevo su bendicion al Sacro Colegio y salió de la Sixtina para volver á su celda, en donde debia permanecer hasta el solemne momento de la gran bendicion.

Lo que debe llamar más particularmente la atencion es la corta duracion de tiempo en que el Conclave hizo la eleccion. En realidad, ésta se hizo por adoracion, en lo cual el Sacro Colegio dió una prueba de gran sentido político: el catolicismo necesitaba un Papa que fuese aclamado, y no uno cuya eleccion fuese dudosa y resultado de compromisos y transacciones.

x

El Conclave acababa de dar un Jefe á la Iglesia de Jesucristo, venciendo preocupaciones de raza y de nacion, sobreponiéndose á toda idea personal, mirando con supremo desden las pretensiones del liberalismo; justificando, en fin, aquella hermosa expresion del duque de Laval, Embajador de Luis XVIII en Roma: “La Revolucion francesa, señores Cardenales, ha puesto los piés en todas partes, ménos en un Conclave.”

El nuevo Pontífice, acudiendo con uncion religiosa al supremo recurso del alma cristiana, la oracion, empequeñeciéndose todo lo más posible, sofocaba en su interior los más tenues vapores del orgullo, para impetrar del Maestro Divino, poder y fuerza para sobrellevar el peso de tamaña dignidad!

De este sentimiento de humildad del actual sucesor de Pedro, dieron formal testimonio los mismos Cardenales. Así el Eminentísimo Bonnechese, Arzobispo de Rouen, que asistió al Conclave; refiere lo siguiente:

"El Cardenal Pecci, que el mártir había obtenido el mayor número de votos, salió al día siguiente de su celda pálido y consternado. En la puerta de la sala encontré con uno de los miembros más venerables del Sacro Colegio, persona de toda su confianza, y le dijo: "No puedo contenerme; siento la necesidad de hablar al Sacro Colegio, porque temo que cometa un error: se me tiene por un doctor, por un sábio, no lo soy: se cree que reúno las condiciones necesarias para ser Papa, y no las tengo. Esto es lo que quiero decir á los Cardenales." Felizmente su interlocutor le contestó con estas palabras: "En cuanto á ciencia y doctrina, no es á Vos á quien toca juzgar, sino á nosotros. En cuanto á las cualidades para ser Papa, Dios las conoce; dejémosle obrar." Obedeció el Cardenal Pecci, y bien pronto las cifras del escrutinio le proclamaron Papa."

El Cardenal Donnet, Arzobispo de Burdeos, decía á su regreso de Roma:

"He visto muy de cerca al Cardenal Pecci. Fué mi comensal todo el tiempo que duró el Concilio Vaticano. Todas las veces que he ido á Roma he tenido con este venerable Príncipe de la Iglesia relaciones frecuentes, y puedo decir que los lazos de la más íntima amistad reunían nuestros corazones. No tardareis en reconocer en Leon XIII todas las cualidades de Pio IX, de imperecedera memoria. Posee la misma dulzura, la misma facilidad, la misma elocuencia. La ciencia y la firmeza de carácter se unen en él, como en Pio IX, á la más peregrina virtud y á una prudencia consumada. Su humildad iguala á su mérito. Nuestras sillas se tocaban en el Conclave, y os diré lo que ví. Durante el escrutinio que había de colocarle en la Cátedra de San Pedro, oyendo que su nombre salía más frecuentemente de la urna, y que todas las probabilidades le designaban

como sucesor de Pio IX, ví gruesas lágrimas correr de sus ojos y caer de su mano la pluma de que acababa de hacer uso. La tomé y se la devolví diciéndole: *¡Valor! ¡No es de Vos de quien se trata en este momento! ¡Se trata de la Iglesia y del porvenir del mundo! ¡Si vuestra mano tiembla, la mía está segura!*"

El mismo Cardenal, con motivo de la elección, publicó un edicto en que decía á sus diocesanos:

"Durante el Conclave, y después de la elección de ésta mañana, me ha sido posible, por estar junto á mí, contar los latidos de su corazón y ser testigo de sus angustias, cuando, saliendo á cada momento su nombre de la urna sagrada, resonaba en los oídos del Sacro Colegio como un grito de esperanza, y en los suyos como una amenaza ó anuncio del más doloroso sacrificio. No, aunque mi vida hubiera de prolongarse un siglo, no olvidaría la dulce efusión con que respondió á nuestros primeros homenajes, y la ternura de su corazón, inclinado hácia el nuestro, en el momento en que la Iglesia entera, en las personas de los Cardenales saludaba su autoridad soberana."

En fin, el insigne Cardenal Dechamps decía también:

"Hemos asistido á un Conclave, y no cesaremos de dar gracias á Dios por haber visto con nuestros propios ojos la acción del Espíritu Santo en esta Asamblea de más de sesenta Cardenales de la Santa Iglesia Romana. ¡Qué diferencia, muy queridos hermanos nuestros, entré la elección de un Papa y las demás elecciones que se hacen en el mundo! Los miembros del Sacro Colegio, casi todos Obispos, casi todos encanecidos por la edad, después de haber invocado al espíritu de Dios, de haber asistido al santo sacrificio de la Misa y haber recibido la santa Comunión, procedieron al escrutinio en medio del más religioso silencio, se aproximaron sucesivamente al altar, se arrodillaron, oraron, y antes de depositar su voto en la patena, y en seguida en el cáliz de oro del Conclave,

prestaron juramento en presencia del Espíritu Santo que ha de juzgarles, de elegir á aquél que creían deber escojer segun Dios para Jefe de la Iglesia universal.

“El soplo de lo alto inclinó pronto los corazones hácia un mismo lado, y bastaron tres escrutinios para dar un Jefe al Catolicismo.

“Nós hemos visto palidecer á Leon XIII cuando aceptó el cáliz de su divino Maestro, y Nós hemos oido de su boca las palabras de la naturaleza humana que tiembla con un peso superior á sus fuerzas; pero tambien las palabras de la confianza cristiana que se apoya en Dios para cumplir la voluntad divina.

“El Papa elegido revistióse con los ornamentos pontificios, y recibió la obediencia del Sacro Colegio. En este primer homenaje de obediencia y en las que se verificaron los dias siguientes, hemos visto pasar delante del sucesor de Pedro á la Iglesia católica en sus principales representantes; á los Cardenales de Italia con los de España y Portugal; á los Cardenales de Francia, á excepcion del Arzobispo de Rennes, moribundo; á los Cardenales de Austria, de Hungría, de Bohemia, de Croacia, de Polonia; á los Cardenales de Inaglaterra, de Bélgica, de los Estados-Unidos de América. ¿Qué poder habia podido reunir en Roma á esos ancianos de diferentes naciones? Ningun otro más que la fé en estas divinas palabras: “*Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*”

“Había allí como una vision de la unidad religiosa sobre la tierra, milagro viviente y vencedor de las divisiones nacionales, segun esta promesa del Hijo de Dios: *Erit unum ovile et unus Pastor.*”

VIII.

PAPAM HABEMUS.—LA BENDICION SOLEMNE.—CORONACION DE LEON XIII.

La Metrópoli del mundo cristiano apenas bastaba á contener la muchedumbre de viajeros de todos los países que

diariamente llegaban por las vías férreas, que deseaban conocer al nuevo Papa y recibir su bendicion.

Diariamente á la hora de los escrutinios una muchedumbre inmensa cubria la vasta plaza de San Pedro, y confundiéndose allí los miembros más ilustres de la aristocracia romana con los humildes *cotadini*, los sacerdotes con los seglares, los fieles con los simples curiosos; todos con la vista fija en el Vaticano esperaban la feliz nueva de la eleccion, que sería anunciada por la *sfumata*. Los más impacientes exclamaban á cada momento: “*¿E questa fumata non viene?*” “*¿No aparece el humo?*”

El miércoles permaneció la muchedumbre en la plaza hasta despues de las 12 y media, más se dispersó, al ver aparecer una columna levisima de humo, exclamando: “*todavía no hay Pontífice.*”

No habian advertido que el humo era blanco, producido por la simple incineracion de las papeletas, á diferencia de la vispera, que habia sido negro por la paja húmeda que se quema con ellas.

Así, pues, la gran plaza estaba casi vacía. A la una y cuarto se abrió la *loggia* ó galeria exterior de la basilica, y apareció el Cardenal diácono Caterini, precedido de la cruz y seguido de numerosos Prelados, y pronunció con voz clara y elevada estas palabras:

“*Anuntio vobis gaudium magnum: Papam habemus: Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum JOACHINUM, Sanctae Romanae Ecclesiae presbyterum tituli Sancti Crysogoni, Cardinalem PECCI, qui sibi nomen imposuit LEO DECIMUS TERTIUS.*”

“Os anuncio una gran alegría: tenemos Pontífice: el Eminentísimo y Reverendísimo Joaquin, Presbítero de la Santa Iglesia Romana, del título de San Crisógono, Cardenal Pecci, quien tomó el nombre de Leon XIII.”

X

La noticia se extendió con maravillosa rapidez por toda la ciudad, y el alambre telegráfico la trasmitió hasta los